

El amor de Juan y la humildad de Pedro¹

Dos historias

1. El texto evangélico que hoy nos presenta la liturgia, está tomado de la parte final de san Juan y nos narra, como habrán notado, la aparición del Señor resucitado en la ribera del mar de Galilea². Intentando hacer más comprensible esta homilía, pensaba que nos podría ayudar estructurarla en torno a dos escenarios, dos protagonistas y dos frases. En definitiva, dos historias.

El primer escenario su ubica dentro del lago. Los discípulos siguiendo las orientaciones de Jesús, han vuelto a Galilea. Y, lógicamente, mientras se aclara la situación, retornan a tu trabajo ordinario, la pesca. Pero las cosas no van bien y pasan una noche estéril, sin fruto alguno. Al amanecer, fatigados, al momento de recoger las redes y las velas, un personaje misterioso aparece en la orilla y les pregunta: *Muchachos, ¿han pescado algo?* Y, tras la respuesta negativa, les da una orden imperiosa: *echen la red a la derecha de la barca*. Lo hacen y con estupor comprueban que se realiza una pesca enorme: ¡ciento cincuenta y tres peces grandes!

Tal vez porque el asombroso hecho les recuerda aquella otra pesca narrada por san Lucas³, o bien por el timbre de su voz o por la misma figura del Señor, lo cierto es que, en un momento determinado, Juan es el primero en descubrir en aquel hombre a Jesús resucitado. Con emoción le dice a Pedro: *¡es el Señor!* Se trata, como sabemos, del discípulo más joven de Cristo y del más amado por el Maestro. Eran siete los pescadores y solo Juan, a la distancia y entre la bruma del amanecer, lo reconoce. San Josemaría proponía una sugestiva interpretación: ***El amor, el amor lo ve de lejos. El amor es el primero que capta esas delicadezas. Aquel Apóstol adolescente, con el firme cariño que siente hacia Jesús, porque quería a Cristo con toda la pureza y toda la ternura de un corazón que no ha estado corrompido nunca, exclamó: ¡es el Señor!***⁴

Corazón limpio

2. Recapitulando: nuestro primer escenario es el mar de Galilea; el protagonista, Juan; la frase: *¡es el Señor!* Con estos elementos tenemos ya nuestro primer punto de meditación. Para reconocer a Jesús en medio de las brumosas distorsiones de un ambiente hostil a nuestra fe, necesitamos tener un corazón limpio. Recordemos que tiempo atrás, en lo alto del monte, una mañana de primavera Jesús había predicado: *dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*⁵. Y el Papa Francisco apunta: *Esta bienaventuranza se refiere a quienes tienen un corazón sencillo, puro, sin suciedad, porque un corazón que*

¹ Homilía en el III domingo de Pascua, ciclo C.

² Evangelio, *Juan*, 21, 1-19.

³ Cfr. *Lucas* 5, 1-11.

⁴ SAN JOSEMARÍA, *Amigos de Dios*, n. 266.

⁵ Mateo, 5, 8.

*sabe amar no deja entrar en su vida algo que atente contra ese amor, algo que lo debilite o lo ponga en riesgo*⁶.

¡Necesitamos cuidar el corazón! Poner orden en nuestros afectos, no dejarnos arrastrar por el primer impulso que suscite una imagen provocativa. Y, para conseguirlo, tenemos que acudir a Jesús. Pedirle, en la intimidad de la oración, que esté siempre en el centro de nuestras vidas y no permita que nos dominen nuestras pasiones desordenadas.

Tú lo sabes todo...

3. El segundo escenario está colocado en la playa. Los pescadores al bajar de la barca, reconocen todos a Jesús y, llenos de gozo, aceptan la invitación que les hace para almorzar. El Señor ha preparado delicadamente todo: las brasas, el pan, los peces... Se acomodan y disfrutan de un entrañable momento. Al terminar, en lo que pudiéramos considerar una conversación de sobremesa, Cristo le dirige a Pedro una pregunta inquietante: *Simón hijo de Juan, ¿me amas más que estos?* La situación fue desconcertante y embarazosa desde el principio, pero las cosas se complican aún más, cuando el Maestro repite la pregunta por tres ocasiones.

En la memoria del buen Pedro, nuestro segundo protagonista, estaba muy cercana y viva aquella amarga noche del prendimiento de Cristo. Noche de malos sueños, de cobardías y traiciones. En la Última Cena había afirmado, un tanto arrogantemente, que estaba dispuesto a ir con su Maestro y Señor hasta la cárcel y la misma muerte⁷. Luego, delante de una simple empleadita doméstica, en la casa de Caifás, lo negaría tres veces y con juramento, mientras resuena el cantar del gallo, tal como Jesús había predicho.

Las lágrimas vuelven a aparecer en los ojos de Simón. Y, reconociendo su fragilidad, solo se atreve a decir con el corazón en la mano: *Señor tú lo sabes todo; tú bien sabes que te quiero*. Esta es nuestra segunda frase. Unas hermosas palabras que nos invitan a la contrición y a la más profunda humildad. Porque, evidentemente, nosotros no somos mejores que Pedro. Y no se trata solo de que lo podamos negar, sino que de hecho lo hemos negado en incontables ocasiones.

4. Nos hace mucho bien, por tanto, considerar que somos de barro, frágiles y quebradizos. Pero sin perder la paz, puesto que podemos hacer nuestras sus palabras: *Señor tú lo sabes todo; tú bien sabes que te quiero*. Qué gran consuelo considerar que el hombre que dijo esta frase por vez primera, fue luego el primer vicario de Cristo en la tierra. Nada menos que la roca con la que el Señor quiso cimentar el edificio de su Iglesia.

Hermanos míos, pidamos a Jesucristo, por medio de la Virgen María en este mes de mayo, que nos conceda el amor de Juan y la humildad de Pedro. Y también en nuestra vida habrá muchas cosas buenas. Muchos frutos espirituales y apostólicos, *peces grandes* recogidos en una red que no se romperá.

⁶ FRANCISCO, *Gaudete et exultate*, n. 83.

⁷ Cfr. *Lucas* 22, 33.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 5 de mayo de 2019